

Añoranzas

Semana Santa de 1928

Por Juan Jorquera del Valle

Suelen ocurrir cosas muy graciosas con esto de las efemérides. Que si las bodas de plata, que si las de oro. Bien. Dejando aparte todo esto, yo os puedo decir que en el año 1927, el día 15 de Abril, un grupo de jóvenes, casi chiquillos, salió a las calles con las ropas del tercio del San Juan Marrajo, pero que la Agrupación no fue fundada hasta más tarde. Tal vez en agosto, septiembre u octubre de ese mismo año.

Y se fundó así, deprisa y corriendo, porque en aquellos chiquillos existía la inquietud de que fueran otros y no ellos, los que volvieran a ponerse la túnica blanca, de rica lana, y la lujosa capa de raso encarnado, pero de lana y raso de los de aquellos tiempos. Y no andaba desencaminada la cosa, ya que otras personas habían hablado y comentado que, nosotros, los "sanjuanistas" éramos demasiado jóvenes para llevar por buen camino una agrupación.

Pero, pese a todos estos augurios, ¡Bien que la llevamos! Con nuestros veteranos al frente, en los puestos directivos, como Jacobo Sánchez, Matías López, Pepe Garrido, entre otros.... Y no fue, no, una agrupación cualquiera, la de aquellos adolescentes del año 1927.

El caso es que en la Semana Santa siguiente, a las tres de la mañana del día 6 de abril de 1928, Viernes Santo, los del San Juan estábamos con temblorcillo en las tripas y más que emocionados, en el interior de la iglesia de Santo Domingo, preparados, nada más, ni nada menos, que a lanzarnos a la calle, por vez primera, como tal agrupación. Entonces teníamos ya la del Sepulcro, fundada en 1926 y la de la Virgen, al año siguiente y casi, casi, por el mismo tiempo que la nuestra.

Por aquel tiempo, la procesión de la madrugada era solamente una; - como unos veinte años después ó "así", se le había de ocurrir a uno de los que en aquel momento cuidaba de que la túnica no le arrastrase y el cordón se unciera bien a la cintura, lo del encuentro -, salía y entraba en Santo Domingo y tenía éste recorrido : Mayor, Puerta de Murcia, calle Honda, Plaza de San Francisco, (lado Norte), Arco de la Caridad, Caridad, Plaza de Risueño, Don Roque, Plaza de la Merced, calle del Duque, calle de los Cuatro Santos, Aire, Cañón, calle Mayor a la iglesia castrense.

Los tronos, sin patas todavía, con sus muletas para que los portapasos apoyasen el paso en las paradas -, eran colocados sobre el "carrito" - una plancha de madera con cuatro pequeñas ruedas -, y sacados por la plataforma denominada "ferrocarril" - que complementaba el desnivel de los escalones del templo, dando cara al entonces Café Excelsior para luego, ser vueltos hacia

Capitanía y a hombros, comenzar su carrera, y todo el personal auxiliar de electricistas, portacables, etc., así como los "capirotes" descendían por ambos lados de aquella plataforma desde la que los hombres técnicos de entonces. - Don Luis López Reynoso y Blanca, sobre todo ellos, con su gorrito negro característico -, dirigían las salidas y entradas de nuestras procesiones.

Teníamos delante de nosotros a los granaderos del sargento Ruiz, artilleros de las mejores tallas, al carrito custodia, al Jesús Nazareno, a la Verónica y a los "judíos". Por fin todos ellos se marcharon calle Mayor arriba y ¡allá fuimos nosotros! Por vez primera, como agrupados, ya que el año anterior habíamos vestido los trajes como "hermanos de la Cofradía" según puede ser comprobado todavía en los diarios cartageneros de la época.

El capúz bien colocado, la túnica perfecta, un cordón encarnado ciñendo la cintura, sandalias de cuero sin curtir y calcetines de color carne. - que muy pronto fueron sustituidos por los blancos -, y el hachote bien agarrado, - yo marchaba con él en la mano derecha -, el tercio puso pie en la calle, mojada y bien mojada. Y verán el motivo ahora mismo...

Hacia unas horas nada más que la gran procesión californiana acababa de recogerse en Santa María. No tenían suerte los "encarnados", porque en 1927 se anunciaba por vez primera la procesión del Silencio, les llovió y tuvieron que conformarse con pasearla por el interior de la iglesia, y en ésta ocasión, por haberles llovido el miércoles, obtuvieron permiso del obispo para salir el jueves, con lo cual tampoco habían podido lucir su nueva y solemne procesión. Y el tiempo continuaba amenazando lluvia, lo cual nos ponía más nerviosos en nuestro debut como tercio de penitentes debidamente agrupados.



La Junta de Mesa, al frente de la cual figuraba como Hermano Mayor el Excmo. Sr. Don Juan Antonio Gómez Zuiles, había acordado que, al objeto de evitar cualquier descarga en los entonces más que primitivos hachotes, - en que era imposible evitar de vez, en vez, un ligero latigazo -, saliéramos "apagados", esto es sin corriente. Eso, precisamente, en nuestro día del debut. Y estábamos francamente desolados porque esperar todo un santo año para que vinieran a estropearnos la jornada aquellas amenazantes nubes...

Y nos mojamos. Ya, al salir habían comenzado a caer las primeras gotas que fueron aumentando en intensidad y grosor hasta que, al comenzar a entrar la cabeza en la calle Arco de la Caridad, el santo patrono californio que posee la llave del cielo dijo "agua va" y en muy poco tiempo nos puso totalmente mojados. El carrito custodia partió a toda prisa hacia el Parque de Artillería y no sé si el Jesús se unió o no a la desbandada, pero nosotros nos mantuvimos firmes y como llevábamos delante a los judíos y éstos continuaban con su rítmico paso, aunque, naturalmente, mucho más ligero que el de antes, el tercio de chiquillos hizo su primera hombrada de tantas como constan en su historial y con las ropas caladas pero con el corazón firme; con sandalias y calcetines llenos de agua y barro; siguió marchando, a larga zancada pero siempre a idéntico compás... Y así la entrada y el paso por la mitad sur de la calle Mayor, donde llegábamos con más de una hora de adelanto sobre el horario previsto, fue y resultó verdaderamente triunfal...



Hemos de decir que la Agrupación fue perfeccionando su paso de año en año y ya, en los mejores tiempos, cuando las ovaciones nos recreaban los oídos, cuando Alfonsico, Paco, y un servidor iniciábamos en plan "recochineo" el paso del "medio huevo", de andar lentísimo, precisamente cuando los "mandones" hermanos varas ordenaban parar la música y hasta el tambor, y desfílábamos en el mayor de los silencios, solo interrumpido por los aplausos, llegó a su grado de máxima sincronización. Pero entonces, y no solo en el primero sino en el siguiente, la parada era a discreción y podía uno entregar caramelos a los amigos que contemplaban la procesión. Entonces la forma de andar era la siguiente. El estandarte carecía de borlas y por tanto de hermanos a ambos lados. Cuando creía que el tercio de delante estaba a suficiente distancia, para lo cual había que vigilar mucho las vueltas que al brazo llevaban los portacables de tercio, se ponía en marcha. Segundos después cuando ya todo el tercio se había dado cuenta de que el estandarte andaba, iniciaban el paso los pos primeros que así "tiraban" del resto de las filas, y ya estaban todos en movimiento.

Dos ó tres años más tarde, cuando todo el mundo andaba loco por enterarse de "donde ensayaban los sanjuanistas marrajos", cosa que nunca pudieron conseguir por la sencilla razón de que nosotros no ensayábamos, nunca, se instauró el "parón" o sea el detenerse todo el tercio al bajar el estandarte, ya con los hermanos borlas en acción. También hemos de decir que los primeros años éramos treinta penitentes, - estandarte, dos filas de catorce capirotos y otro que andaba por el trono para cubrir bajas -, no existiendo los hermanos varas y sí los comisarios de tercio, hermanos vestidos con túnica morada que deambulaban por dentro del tercio como Pedro por su casa, pretendían ser los ordenadores y se limitaban a llevar al estandarte los mensajes emanados de los directivos que marchaban delante del trono.

Los sanjuanistas marrajos fueron los iniciadores junto a los tercios de la procesión de la mañana, de salir sin cables a la calle. Fue en la década de los 40, en la iglesia de Santa María y a causa de la lluvia y del estado de las calles. Así iniciamos también la era actual porque demostramos que podíamos prescindir de ellos, manteniendo la alineación con el capirote de la otra fila, la forma de andar típica y los parones fulminantes.

Y llegado el momento de poner fin a estas líneas, solo puedo decir que nunca, por muchos años que viva, se me podrá olvidar aquel momento en que nos poníamos en movimiento desde la iglesia de Santo Domingo, pisando la calle Mayor por vez primera como tal Agrupación de San Juan Marrajo.

*Juan Jorquera del Valle
Cartagena, 1976.*

*Artículo publicado en el libro conmemorativo del
50º Aniversario de la fundación de la Agrupación
de San Juan Evangelista (Marrajos).*

